

El Santuario y el nuevo tipo de familia Ficha 5

A. La gracia del cobijamiento 4. El encuentro con Dios como Padre

I. Introducción

Hemos visto que las tres gracias que se nos dan en el Santuario de Schoenstatt tienen por fin llevar a cabo la renovación de la Iglesia y del mundo mediante la formación de un nuevo tipo de *familia*. Para ello, la gracia del cobijamiento nos ayuda, en primer lugar, a descubrir lo que significa tener un *hogar*. En el Santuario recibimos un hogar espiritual, especialmente en el corazón de la Santísima Virgen como Madre. Ello nos permite descubrir cómo debe ser nuestro propio hogar y cuál es la tarea de la esposa en él.

Objetivo de esta reunión

Comprender que el último hogar del hombre es el *corazón del Padre Dios*. En el Santuario, la Virgen se nos regala como Madre para que podamos descubrir a Dios como Padre. Eso es *lo central de todo el cristianismo y de Schoenstatt*. La imagen de Dios como Padre nos ayudará después a comprender mejor *la tarea del padre de familia en cada hogar*.

II. Desarrollo del tema

1. Hemos visto que el hombre moderno se siente solo, desarraigado, despersonalizado. Por eso anhela un mundo menos frío, donde todos podamos vivir como una familia y sentirnos en casa. Por eso decíamos que el hombre moderno necesita un hogar. Sin embargo, para alcanzar esa paz interior y esa unidad que todos buscamos no basta un hogar cualquiera: es necesario llegar a descubrir que nuestro *último hogar*, es decir, que el único lugar donde podemos sentirnos plenamente seguros, protegidos, respetados, apoyados y unidos a todos los demás hombres, es el corazón del Padre Dios. Hace muchos siglos, san Agustín resumió esta verdad en una frase famosa: “Mi corazón permanecerá inquieto hasta que no descansa en ti”. Sólo quien se apoya en el corazón de Dios tiene una Roca verdaderamente inmovible bajo sus pies y puede enfrentar sin miedo ni vacilaciones los problemas de la vida: porque sabe que nunca está solo, que siempre hay alguien que lo ama infinitamente a su lado. Pero para que esto sea posible, es necesario haber descubierto primero que el corazón de Dios es, realmente, *un corazón de Padre que nos ama*.

2. Esta verdad, que Dios es nuestro Padre, es el *centro de todo el Evangelio* y de la fe cristiana. Jesucristo vino a la tierra fundamentalmente a eso: a revelarnos que Dios es Padre y que nos ama como un verdadero Padre. Y nos reveló estas verdades para poder conducirnos hasta el Padre, porque Cristo no es tampoco la meta final de nuestra religión: él es *el Camino* que nos lleva al Padre: “Jesús le dijo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie viene al Padre sino por mí” (Jn 14,6). El Padre es el principio y *el fin* de la vida de Cristo: “Salí del Padre y vine al mundo; ahora dejo el mundo y vuelvo al Padre.” (Jn 16, 28)

El Padre es el *gran amor* de Cristo y eso los dos viven en una *unión perfecta*: “Yo y el Padre somos una sola cosa” (Jn 10,30); “Todo lo mío es tuyo y lo tuyo, mío” (Jn 17,10). Por eso

Cristo nunca se siente solo, aun cuando los hombres lo traicionen y abandonen: “He aquí que llega la hora, y ya ha llegado, en que ustedes se dispersarán cada uno por su lado y a mí me dejarán solo; pero yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16, 32). Todo el sentido de la vida de Cristo consiste en hacer lo que el Padre desea: “Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra” (Jn 4, 34). El amor a su Padre es lo más profundo de la personalidad de Cristo. Y debería ser también lo más característico de cada cristiano. Un cristiano no es simplemente un hombre que cree en Dios, en un Dios que se mira como el Creador del mundo, como un ser super sabio y todopoderoso, como un Rey o un Juez. Un cristiano es un hombre que está convencido que Dios es, antes que nada, Padre, porque así lo anunció y vivió Jesucristo, nuestro modelo.

3. Jesús también nos reveló cómo es el corazón de nuestro Padre de los cielos. Es, en primer lugar, un corazón lleno de amor, un corazón que nos ama con una ternura y una fidelidad mucho mayor que la de la mejor de las madres: ¿”Podrá acaso una mujer olvidarse de su niño de pecho, o no compadecerse del fruto de sus entrañas? Pues bien, aunque ella se olvidase, yo de ti no me olvido. Míralo: llevo tu nombre grabado en la palma de mis manos” (Is 49, 15)

Sin embargo, a Dios no le basta comparar su amor de Padre con el de una madre. Para convencernos de cuánto se preocupa por nosotros, no se avergüenza de compararse con una gallina clueca: “¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a quienes te son enviados! Cuántas veces quise juntar a tus hijos como la gallina junta a sus polluelos bajo sus alas, pero tú no quisiste!” (Lc 13, 34)

El amor del Padre Dios se expresa en fidelidad, en preocupación y también en perdón. Su misericordia no tiene límites y su corazón está siempre dispuesto a recibirnos de nuevo, hayamos hecho lo que hayamos hecho, tal como en el Evangelio acoge a la oveja perdida y al hijo pródigo. (Leer Lc 15, 3 – 7 y 11-32).

La prueba suprema del amor del Padre Dios consiste en que no vacilo en entregar a su Hijo a la muerte para que nosotros fuésemos perdonados y tuviésemos acceso a la vida eterna: “El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo Único para que nosotros vivamos por él. En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo como víctima para el perdón de nuestros pecados”. (1 Jn 4,9)

4. Y ese Padre amoroso nos acompaña permanentemente: porque no es un Dios lejano, que vive lejos, allá arriba, en el cielo sino un Dios cercano, presente en medio de la historia del mundo y que, *en cada instante está conduciendo amorosamente mi vida*. Nada sucede por casualidad, todo está en sus manos: “No se venden dos pajaritos por un centavo. Sin embargo, ni uno de ellos cae en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. Lo mismo vale en cuanto a ustedes: hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados” (Mt 10, 29-30). Por lo mismo, debemos confiar. Un cristiano nunca tiene derecho a angustiarse, porque ese mismo Dios que cuida de los pajaritos y de los lirios del campo, cuida con mucho mayor amor de cada uno de sus hijos. (Leer Mt 6, 25-34). Todo esto es lo que los cristianos llamamos el *amor providente* del Padre Dios, o la divina Providencia, es decir, un amor que siempre está proveyendo lo que necesitamos, pues siempre sabe lo que nos hace falta o lo que más nos conviene, de acuerdo al *plan de amor* que él mismo ha trazado para nuestras vidas.

5. Quien logra creer en el amor providente del Padre Dios y abandonarse con confianza a él, consigue una extraordinaria *seguridad* y fuerza interior., Eso es lo propio del amor paternal. El

amor maternal nos da más bien la sensación de ser acogidos con comprensión. El amor paternal nos hace sentirnos personalmente *seguros, protegidos* y también *apoyados* para emprender con confianza y energía las tareas que tenemos por delante, y a las cuales nuestro mismo Padre nos envía y acompaña. La seguridad brota del convencimiento de que nuestra vida no depende del azar, sino de un sabio plan de amor que nuestro propio Padre ha trazado. Por eso, como sé que él sólo desea mi bien, nada me asusta, si veo que está en su plan. Puede ser que haya cosas que a primera vista no entienda por qué suceden. La Mater, cuando estaba al pie de la cruz, no sabía por qué el Padre Dios podía permitir algo tan terrible como la muerte de Cristo, pero después, cuando lo vio resucitado, comprendió el sentido del plan: vio que realmente había sido por amor a nosotros, para redimirnos, darnos vida y esperanza. Al cristiano que confía en el amor providente de Dios nada puede aplastarlo. Frente a todas las cosas posee una fuerte actitud de victoriosidad: si está trabajando en el sentido del plan de Dios, sabe que al final triunfará de todas maneras, pase lo que pase. Pero esto supone que seamos capaces de descubrir la presencia de ese amor providente de Dios en nuestras vidas, y de dialogar con él, para escuchar sus llamados, poder reconocer el plan que él tiene para nosotros, y poder cooperar con ese plan. Entonces sí que nos sentimos cobijados y apoyados en el corazón de Dios como en una roca invencible.

6. Desde el Santuario de Schoenstatt, la Mater quiere regalarnos esa gracia. Ella quiere cobijarnos no sólo en su propio corazón sino hacernos descubrir a través del corazón de ella, el corazón del Padre Dios como nuestro último y más seguro hogar. Para eso ella nos regala una fe profunda en la divina Providencia, en el amor providente del Padre: nos ayuda a sentirlo cerca en nuestra vida, a descubrir sus mensajes a través de todo lo que nos va sucediendo, de manera que podamos comprender el plan que él tiene para con nosotros y enfrentar así nuestra vida con seguridad y victoriosidad.

El P. kentenich dice que ése es el papel propio de María: conducirnos hacia el corazón del Padre Dios. En la familia humana corresponde a la mamá acercar sus hijos al Padre, contar a los niños cómo es ese papá que pasa gran parte del día fuera de la casa. La misma función corresponde a la Mater dentro de la Iglesia: ayudarnos a descubrir al Padre y a amarlo. Y desde nuestro Santuario, ella ha cumplido esta tarea de manera extraordinaria. Pues tal vez no hay en toda la Iglesia un lugar donde la cercanía de Dios Padre sea tan presente como en Schoenstatt. Eso explica la seguridad alegre y confiada con que nuestra Familia enfrenta la vida y sus problemas. Recordemos al P. kentenich cuando decía que jamás tuvo ni un solo segundo difícil durante todo su tiempo como prisionero en el campo de concentración: porque si eso estaba en el plan de Dios, entonces él se sentía allí como en su casa, plenamente cobijado y seguro en las manos del Padre. Eso explica también la victoriosa conciencia de misión que tiene Schoenstatt: si lo que hacemos está en el plan de Dios, entonces triunfaremos de todas maneras.

III. Preguntas para la reflexión

1. ¿Cómo siente a Dios la mayoría de los cristianos? ¿Sólo como un Rey a quien hay que obedecer, como un Juez que castiga, como un Maestro que enseña o, en primer lugar, como un Padre que nos ama? ¿Y nosotros?
2. De todo lo que enseña el Evangelio sobre el amor paternal de Dios, ¿qué es lo que a mí más me impresiona? ¿Por qué?

3. Contemos alguno de los momentos de nuestra vida en que más cerca hemos sentido el amor paternal de Dios, que nos cuida, nos protege y nos guía.
4. Mi fe cristiana, ¿me da seguridad frente a la vida? ¿Me da más fuerza y confianza para enfrentar mis problemas? ¿O siento que las cosas serían más o menos iguales si yo no fuese cristiano?
5. ¿Me ha ayudado Schoenstatt a descubrir que Dios es mi Padre, que él está cerca de mí y que dirige toda mi vida según un plan de amor? ¿En qué he notado esto?